Historia que Katie cuenta a Robert:

Katie nació en el seno del Imperio del Regente, un vasto dominio intergaláctico donde la fuerza dictaba el destino de cada individuo. En aquel mundo, las mujeres no eran guerreras. Eran herramientas. Criadas para servir, utilizadas para procrear y luego olvidadas en los rincones más oscuros del imperio. Pero Katie no era como las demás. Desde su infancia, demostró una fuerza inusual, superando con facilidad a los varones que entrenaban a su alrededor. Sus habilidades llamaron la atención de los altos mandos del Imperio.

En un mundo donde solo los más fuertes sobrevivían, destacarse era una bendición y una maldición al mismo tiempo. Para ella, significaba una sola cosa: si demostraba debilidad, la descartarían como cualquier otra niña. Si fallaba en ser lo que ellos querían, sería reducida a la misma miseria que todas las demás.

El entrenamiento fue brutal. Desde los cinco años, fue arrancada de cualquier vida normal y sumergida en un mundo de dolor y disciplina. Día tras día, los instructores la empujaban más allá de sus límites, haciéndola luchar contra niños mayores, hombres adultos, incluso bestias de otros mundos. No tenía derecho a quejarse. No tenía derecho a fallar.

En cada batalla, en cada prueba, aprendió la lección más cruel del Imperio: la compasión era una debilidad.

Cuando cumplió los diez años, la enviaron en su primera misión: la conquista de un planeta menor. Fue entonces cuando comprendió la verdadera naturaleza de su deber. No solo debía luchar, sino exterminar. Matar a los débiles. A aquellos que no tenían poder. Su estómago se revolvía cada vez que veía la desesperación en los ojos de los inocentes, pero su miedo a desobedecer era aún mayor.

Un día, en medio de una invasión, un anciano se interpuso en su camino, protegiendo a un grupo de niños. "Por favor", suplicó, "hay otra manera". Katie vaciló. Por un momento, quiso creerle. Quiso encontrar otra manera. Pero la voz de su superior resonó en su comunicador: *"Si no los matas, morirás tú".*

Tomó una decisión.

La única manera de sobrevivir en el Imperio era ser la mejor. Ser más fuerte. Más rápida. Más letal. Fue así como ascendió en las filas del ejército, acumulando victorias, borrando civilizaciones enteras. Se convirtió en la sombra que el Imperio necesitaba, una guerrera sin emociones, sin miedo, sin dudas. O al menos, eso intentaba creer.

Pero en su interior, la duda crecía como un parásito.

Con cada planeta conquistado, con cada orden ejecutada, con cada grito ahogado por la indiferencia, algo dentro de ella se quebraba. Sabía que no había salida. Sabía que cualquier intento de rebelión significaría su muerte. Pero la ira contra el Imperio se acumulaba, silenciosa, imparable.

Fue en uno de sus entrenamientos cuando algo cambió. En un momento de desesperación, de rabia pura, su energía explotó. Una transformación nunca antes vista dentro del Imperio la envolvió. Su cabello se tornó dorado, su poder aumentó exponencialmente. Por un instante, sintió que podía desafiar a cualquiera. Pensó que finalmente había alcanzado un poder que le permitiría huir.

Pero el Imperio la vio de otra manera.

Para ellos, era la prueba de que sus métodos funcionaban. La convirtieron en su arma definitiva. La enviaron a más batallas. Más invasiones. Más masacres. Ya no tenía escapatoria.

Y así fue como llegó a la Tierra, no como conquistadora, sino como prisionera de su propio destino.

Versión más corta o resumida:

Nací en el imperio, en un lugar donde las mujeres solo servían para trabajar o procrear. Era una niña más, pero diferente. A los cinco años, superé a los varones en fuerza, y los guardias me notaron. Me arrancaron de ahí y me llevaron a entrenar. Día tras día, me golpeaban, me obligaban a pelear, me decían que la compasión era débil. A los diez, me enviaron a mi primera misión: conquistar un planeta pequeño. Me ordenaron matarlos a todos. No quería… pero me dijeron: ‘Si fallas, mueres o vuelves a ser nada.’ Así que lo hice. Seguí matando, planeta tras planeta, porque era eso o morir. Pero dentro de mí crecía algo… no fuerza, sino ira. Ira contra el imperio, contra Thailon, contra mí misma. Un día, en un entrenamiento, exploté. Grité, y todo tembló. Mi cabello se soltó, mi cuerpo brilló dorado, y los destrocé sin tocarlos. Pensé que era mi fuerza… pero era mi odio. Thailon me vio, me llamó su ‘mejor guerrera’, y me dio más sangre que derramar. Si me niego, me matará… o me devolverá a esa vida de la que escapé. No tengo salida.